

Las chicas pesadas de Troya

Por Luis Reséndiz

Chicas pesadas (2004).
Dirección: Mark Waters

Desde el nombre, la *chick flick* ha sido relegada a una esquina: aquella donde se coloca el entretenimiento “para mujeres”, ese que no toca ‘los grandes temas’, ese que no apela a la Humanidad. Lo cierto es que, como suele pasar en más de una ocasión, esa esquina es de lo más interesante si uno se da el tiempo de revisarla. La *chick flick* –permítanme dejar de decirle así, porque el

nombre me saca tantita urticaria– ha servido, desde hace ya largo tiempo, como una zona donde las mujeres, aprovechando el sexismo que permea en el género, han creado obras que reventan ciertas nociones preconcebidas con tintes de misoginia.

Para ir más rápido: estoy hablando en específico de *Mean Girls* (dirigida por Mark Waters, un hombre, pero escrita por Tina Fey, una mujer, y protagonizada por un reparto casi exclusivamente femenino). El guion de la película de Fey –basado, a su vez, en un libro de comedia y autoayuda, *Queen Bees and Wannabes*, de Rosalind Wiseman, otra mujer– se alejó radicalmente de estereotipos y protagonismos propios en el subgénero, como



• Las chicas pesadas de Troya

las mujeres promiscuas en contraposición a las virtuosas, o las que viven la vida en soltería contra las que «sientan cabeza». Vaya: de una sola, las mujeres que, como mal dice el dicho, «son las peores enemigas de otras mujeres». *Mean Girls* destaca no solo por su fina comedia –hay que ver el montaje de la zona de comida del *mall*, donde los adolescentes son exhibidos como miembros de un ecosistema salvaje, despiadado, casi selvático, o la secuencia de Halloween, donde Lindsay Lohan pierde cualquier pretensión de glamour para ponerse unos horripilantes e hilarantes dientes de vampiro, o cualquiera de sus velocísimos y agudos diálogos, como salidos de una comedia de Billy Wilder, sino porque se aleja de lo panfletario –nada en contra de los panfletos, salvo que hay que reconocer que rara vez sirven para alguien que no sea ya un converso o un creyente de la causa– y, como un caballo de Troya¹, convertirse en un entretenido alegato en pos de las rígidas casillas en las que socialmente colocamos a las adolescentes.

Imagen 1. Fotograma de la película.



Fuente. TELEDIARIO.MX.

Su valor no es poco. En *Mean Girls* aprendemos a tratar con toda clase de mujeres encarnadas en todo tipo de cuerpos e identidades, en la medida de lo posible dada la época, hace más de diez años²: tenemos al personaje de Tina Fey, una mujer madura y soltera que, pese a cierto patetismo inherente al oficio de profesor –«Amo ver a los profesores afuera de clase. Es como

¹ Donde el caballo de Troya es el escenario preparatorio y, por supuesto, la rutilante presencia de Lindsay Lohan, por aquellos tiempos la máxima estrella adolescente en ascenso del panorama.

² Hoy en día, tal vez, *Mean Girls* podría presentar a una chica trans o a un personaje no binario.

ver a un perro caminar en sus patas traseras», dice un personaje en algún momento y uno, si ha sido profesor, no puede sino asentir, resignado—, termina volviéndose determinante para el aprendizaje de Cady, el personaje de Lindsay Lohan. Tenemos, también, a Janis, el personaje de Lizzy Caplan, que se encuentra relegada por el rumor de su orientación lésbica, y que se reivindica no en términos socialmente aceptables, sino en sus propios términos. Por supuesto, también tenemos a Regina George (encarnada por una Rachel McAdams al máximo de sus capacidades): un personaje absolutamente detestable —y, a la vez, carismático y entrañable como pocos— que, en lugar de solo sufrir un escarmiento ejemplar, aprende a convivir con sus pares sin necesidad de estarles arruinando la vida. Y tenemos al espectador, claro. El espectador que —seamos claros, el espectador masculino— confiado en que verá solo una película de adolescentes, termina enfrentado a un análisis filosófico de las relaciones entre mujeres, de la competencia que les imponemos y que se imponen, y de la dinámica del abuso sutil y la discriminación que pasa por convivencia normal. Todos estos puntos me parecen el centro mismo de la grandeza de *Mean Girls*, y la razón por la que creo que más películas, como ya hizo *Easy A* en su momento y como dicen las malas lenguas que intenta hacer *Assassination Nation* (2018), deberían seguir su camino: porque una buena forma de aprender es riéndonos y, en ese sentido, *Mean Girls* es quizá una de las películas más educativas que jamás se han hecho en torno a los estereotipos femeninos. Y con eso, que ya es mucho, termino mi lamentable *mansplaining*.